

CARLOS SUÁREZ ÁLVAREZ

Ayahuasca, amor y mezquindad



LIBROS DEL MONO BLANCO

2ª edición © 2020, Carlos Suárez Álvarez
y Libros del Mono Blanco.

1ª edición © 2010, Amargord Ediciones.

Los personajes y sucesos de este libro son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares.

Libros del Mono Blanco

ISBN: xxxxxx

A mis hermanos, Santi y Javi

El coche era chatarra destartalada y milagrosa. Avanzaba por un camino de tierra paralelo a una de las orillas de la laguna de Yarinacocha que, aunque cercana, no podíamos ver a causa de la vegetación o las suaves ondulaciones del terreno. Los viajeros nos apretábamos en el interior, inmóviles para no levantar el polvo acumulado en la tapicería de los asientos, que eran blandos y parecían tener la voluntad de engullirnos. El cielo nublado nos cubría como una manta, y como una manta nos hacía sudar. Saqué una botella de agua de mi mochila y la ofrecí a mis compañeros de viaje, agricultores mestizos; pasó de mano en mano entre sorbos, gracias y sonrisas. Dejábamos a ambos lados casas de madera aisladas donde pequeños ligeros de ropa se sentaban a jugar a la sombra. En algunos tramos, las copas de los árboles de los márgenes se tocaban por encima de nuestra marcha, formando un túnel verde oscuro, excitante. El asombro era mayor al descubrir como el horizonte de los campos de cultivo había derrotado en muchos puntos a la selva; era el asombro de

la decepción. Nos cruzábamos con monstruosos camiones madereros que recorrían el mismo camino: ellos se llevaban la vida y yo traía la muerte en un cuaderno en el que iba escribiendo sinsentidos, absurdos de esta existencia de contradicciones lacerantes, cursiladas como: “Primera lección: allá donde llega una carretera, llegan los camiones que se llevan los cedros y las caobas. Durante unos minutos me entregué a maldecir la misma industria maderera que me permite leer a la luz de una lámpara de madera, colocar el libro en una estantería que curiosamente es de madera y que ¡oh albricias! se alza sobre un suelo de madera; la cosa no acaba ahí pero no voy a seguir porque se podría hacer una lista hasta el aburrimiento. Supongo que este conflicto lo deben sufrir agudamente los ecologistas que se valen del papel para comunicarse entre ellos y con el resto de los mortales; me pregunto cuántos árboles caerán el día del juicio final sobre sus cabezas”. Eso escribí allí.

Como una premonición, cuando entramos en la comunidad indígena de San Francisco, las nubes se abrieron para honrar a una luz amarilla muy viva. A la izquierda, un cartel pintado con colores chillones anunciaba un centro ceremonial de la ayahuasca. Circulábamos por la calle principal de la comunidad, que era cortada por otras perpendiculares, a través de las cuales se extendía el pueblo. Las casas, espaciadas entre sí, se resguardaban a la sombra de frondosos árboles; tenían techos de palma y paredes de madera, y su suelo, también de madera, descansaba sobre pilares medio metro por encima del tapiz de la hierba, con el fin de evitar la humedad de la estación

lluviosa; una parte de esta plataforma rectangular era utilizada en la mayoría de las casas como porche cubierto; en uno de ellos, una mujer, sentada con sensualidad de sirena, peinaba su larga melena negra con movimientos leves.

El coche se detuvo al borde de una explanada grande y abandonada por el calor tórrido. El conductor volvió la cabeza y me anunció que habíamos llegado. Descendimos los dos y me ayudó a bajar la mochila, luego permaneció parado, esperando. “Gracias. Hasta luego”, le dije. El hombre inició un ademán y recordé que no le había pagado todavía. “¡Ah, sí! Perdona”, y le alargué una moneda.

El coche arrancó y abandonó San Francisco dejando tras de sí una estela de humo negro. Me colgué la mochila, miré a mi alrededor y me acerqué hasta la casa más cercana, un puesto de enfermería que atendía, vestido con bata blanca, un indio joven y bien parecido, con el pelo corto y la raya a un lado. “Hola, buenos días, estoy buscando a Franky, es chamán”. “Franky, claro, él no está ahora en casa, volverá a la hora de comer pero yo te puedo llevar a su casa, allí está su hijo”. “Estupendo, muchas gracias”. El enfermero se llamaba Richard; me gustó por su amabilidad y su sonrisa. Caminábamos alejándonos del núcleo central y de la laguna, expuestos a un sol poderoso, que nos obligaba a entornar los ojos. “¿Vienes a probar la ayahuasca?”, inquirió, casi afirmando. “Pues la verdad es que no lo sé, puede ser”. Sí lo sabía, estaba decidido a tomar. “Soy periodista, estoy haciendo un reportaje sobre el Ucayali y quería ver cómo se vive en una

comunidad nativa. Me habló de vosotros un amigo del sitio donde vivo: José Ramón”. “Ah, sí, Ramón, él estuvo aquí hace unos meses con Franky. Él tomó ayahuasca”. “¿Tú has tomado alguna vez?”, pregunté. “Sí, dos veces”. “Y, ¿qué tal?”. “Muy bonito”.

* * * * *

Ramón no era mi amigo, tampoco era mi amigo el colega que me puso en contacto con él, pero ambos son tan responsables como yo de que tuviera lugar esta historia. Comenzó a gestarse dos meses antes de mi llegada a San Francisco, en uno de los salones que se utilizaban en el Hotel Lancelot de Lanzarote para ofrecer ruedas de prensa. Los cabreros de la isla amenazaban con bajar sus rebaños hasta el centro de Arrecife, por segunda vez, si no se realizaban las entelequias que un grupo de políticos apurados había formulado y, al parecer, incumplido. La rueda tenía para mí esa lejanía impersonal de quien mira a otro espacio, a otro tiempo. Alrededor de una mesa los periodistas charlábamos. Alguien explicó al resto que dos días después yo dejaría la isla para pasar tres meses en Perú y Ecuador. Un fotógrafo del diario Canarias 7 se dirigió a mí: “Precisamente acaba de llegar de allí un amigo mío y venía encantado”. Le pedí el número de teléfono y tres horas después conseguí hablar con Ramón. De la conversación no recuerdo detalles, pero sí el entusiasmo con el que me recomendó que visitara a un chamán de la selva peruana. “Se llama Franky y a cambio de unos pocos

dólares te puedes quedar en su casa y convivir con su familia. Está cerca de la ciudad de Pucallpa. Allí coges un taxi y le dices al conductor que te lleve hasta San Francisco”. Me habló de más sitios pero sólo aquél despertó mi curiosidad.

* * * * *

El hijo mayor de Franky, el chamán, se llamaba Osvaldo; le encontramos descansando en casa de su tía materna, junto con otros familiares. Era un muchacho tranquilo y ensimismado, que parecía mantener una conversación constante consigo mismo, incluso cuando hablaba con los demás. Tenía el pelo corto, peinado hacia atrás a cepillo. Su torso desnudo era todavía adolescente, delgado y flexible. El enfermero me presentó: “Es amigo de Ramón”, y añadió algunas palabras en shipibo. Mi llegada despertó agitación entre los indios, que volvieron su atención hacia mí. “Te llevo a mi casa y esperamos ahí porque mi padre y mi madre están jugando un partido de fútbol”, dijo Osvaldo con ojos tímidos y voz esquiva.

Me condujo por un pequeño sendero entre árboles y tras superar una cancela entramos en el jardín de su casa. La parcela era rectangular, del tamaño de un campo de tenis, y estaba defendida por árboles jóvenes. En una mitad, una cabaña de madera hacía las veces de cocina. Dentro, sobre el suelo de tierra pisada se levantaba una estantería, en cuyas baldas esperaban algunos utensilios; dominaba la habitación una cocina de gas de blancura nacarada y aspecto moderno, con horno y tres fuegos, como

la que se puede encontrar en tantos hogares españoles. “Norma quería una cocina de gas y yo se la compré”, me diría algunos días después Franky, orgulloso de su consecución consumista. En la otra mitad del rectángulo, sobre un suelo de hormigón, se erguía la casa, una construcción moderna de grandes tablones de madera oscura, coronada por un tejado de planchas onduladas de zinc, a dos aguas. El espacio interior era grande y diáfano, entorpecido sólo por una cama, un colchón sobre el suelo, y varias estanterías en la pared del fondo, en las que se ordenaba la ropa. También había una mesa de madera muy sencilla que a lo largo de los días iría pasando por las dos cabañas y el jardín que las separaba. Como la casa, el jardín era un reducto acogedor y reciente, a tenor del tamaño de los árboles, exiguos sombreros, que lo poblaban.

Dejé mi equipaje apoyado en una pared, me senté, aliviado por el frescor de la casa, y empecé a conocer a estas extraordinarias personas. Osvaldo permanecía a mi lado, atento y callado; contestaba con monosílabos a mis preguntas, que formulaba con la imprecisión de quien no conoce. Yo traía conmigo el alboroto caótico de Pucallpa y él me miraba con su tranquilidad de indio. Los minutos pasaban, las preguntas se acababan, y los silencios se prolongaban para mi incomodidad. Sustituí la conversación por un ajedrez de bolsillo que saqué de mi mochila. “¿Sabes jugar al ajedrez?”, le pregunté mientras desplegaba sobre la mesa el tablero en miniatura. “No”, la intriga se asomaba a sus ojos. “Es un juego que jugamos en España. ¿Te gustaría aprender?”. Afirmó con un golpe de cabeza

y un sí inaudible, sin vehemencia. El idioma era un obstáculo añadido a la complejidad del juego, pero tras una hora de esfuerzo (que leía en la expresión de su cara y en sus manos, con las que se mesaba el cabello) logró manejar las reglas básicas. “¿Estás cansado?”, le preguntaba, mucho más cansado yo de enseñar que él de aprender. “¿Quieres que lo dejemos ya?”. “No, no, jugar, jugar”, respondía en su sencillo español evitando mis ojos, concentrado, demostrando la tenacidad de quien se ilusiona, sin dejar que el enjambre de niños curiosos que nos había ido rodeando le distrajesen de aprender un nuevo universo por el que parecía fascinado. “¿Esta pieza se llama...?”, y dejaba que él completara la frase: “Peón”. “Muy bien. ¿Y cómo se mueve el peón?”. Entonces cogía el peón, lo colocaba en su casilla de inicio y lo deslizaba sobre el tablero correctamente, aunque con cierta inseguridad.

Otro de los críos se dedicó a aprender y lo hizo rápidamente. Darwin tenía diez años y era hermano de Osvaldo, aunque como suele suceder entre hermanos sus caracteres eran dispares. Avispado, si yo le preguntaba al hermano por una regla y éste dudaba o se equivocaba, Darwin respondía y se echaba a reír, mostrando sus dientes irregulares, y exhalando una chispa de perspicacia inusual. Minor, el más pequeño de la familia, también nos rondaba, dilapidando desordenadamente su energía: entraba, revolvió, buscaba una carantoña y se marchaba con su prima Lady, de la misma edad, de igual carácter.

Y Ana. Anita. Hoy, cuando pronuncio embriagado su nombre en voz alta, o pienso en ella en busca de una razón, me lleno de alegría amarga: la de nuestro amor

impedido por el tiempo y la distancia, por los veinte años y los diez mil kilómetros que nos separan; porque Ana, Anita, es una niña y vive en la selva de Perú. Como todos los niños, también ella sentía curiosidad por mí, pero era la curiosidad especial de un ser excepcional. La primera vez que se comunicó conmigo fue dibujando un corazón de siete años en una hoja de papel, que luego me mostró azorada. ¿Quería decir amor? Sí, amor: esperanza, luz, encuentro, alegría, entrega. El amor que no se aprende, el de dos energías que se envuelven y se curan; eso fue Ana para mí. Por eso mi alma se desgarró cuando en los últimos días, acuciada por algún miedo que ahora identifico, se apartó de mi lado. Yo le suplicaba: “¿Te has enfadado conmigo, Ana? ¿Qué te pasa?”, y ella volvía la cara, y se quedaba paralizada si me acercaba. Sufrí.

* * * * *

Animado por la nostalgia de los recuerdos, me he decidido a llamar a Franky después de casi cuatro meses sin saber nada de él. Para mí ha sido un paso difícil entrar en el locutorio y marcar el número. El joven de voz cantarina que ha descolgado el teléfono se acordaba de mí: “No, Franky no está, está en Pucallpa, más tarde sí está”, y mientras hablaba, una luz multicolor me ha alumbrado: la de los rayos dorados del sol, la de la radiante negrura de las cabelleras de los niños, la del reflejo de las gotas de agua contra el cielo azul en las mañanas de baño en la laguna. “Dale un abrazo muy fuerte a Franky y a su fami-

lia y a todo el mundo allí en San Francisco. Volveré a llamar pronto”, le he dicho, y él me ha contestado con la misma exuberancia: “Bueno, un saludo muy grande para ti y para todos tus amigos de España”.

* * * * *

Oswaldo no se aburría de aprender pero yo sí de enseñar, así es que le pedí que me llevara a la laguna. “A Ramón le encantaba bañarse en la cocha”, recordó. La cocha, la laguna, se encontraba a cinco minutos de paseo. Había que atravesar toda la comunidad para llegar y en el trayecto se nos iban uniendo chiquillos curiosos y vitales, el preludio de la sinfonía de alegría a la que asistí en la orilla. Nadaban como si fuera el primer baño playero del verano y no un ritual diario; la mayoría en pantalón corto, algunas niñas con camiseta y falda, aprovechando el momento para darle un restregón a esa manchita de la mañana. Ana se llegó hasta mí: “Toma, da suerte”, y me entregó la preciosa brillante semilla encarnada que todavía guardo en la cartera. La recuerdo acercándose, apretando tímida una sonrisa de turbación que a duras penas podía contener, con sus ojos vivos, su cara redonda y su pelo negrísimo largo e irreductible, entregarme tensa su obsequio y explotarse corriendo con zancadas de libertad hasta zambullirse en el agua. “Toma, da suerte”, venían más niños y me entregaban más semillas; mi cartera se llenaba de suerte y ellos disfrutaban siendo amables y sonreían, siempre sonreían. Me bañé con ellos, primero con ese te-

mor impreciso que tenemos los occidentales al agua turbia, después contagiado del entusiasmo infantil por el chapoteo, luego con el alborozo de un descubrimiento: Sam, otro precioso ser humano con los dientes torcidos del pillo bueno, pescaba con la única ayuda de una camiseta. Yo intentaba emularle y él se divertía con mi torpeza. “No, así no”, y cogía un extremo de la camiseta, le pedía a otro niño cuya cara no recuerdo que tomara el otro y a mí que agitara el agua sobre la prenda sumergida, cuando lo creía conveniente la levantaba bruscamente y cuatro o cinco pececillos se debatían en la improvisada red.

* * * * *

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando llegó la Norma (la Norma, con el artículo, así la llamaba su marido). Yo descansaba en un colchón sobre la hierba del jardín; ella venía sudorosa y desaliñada, con la camiseta numerada de su equipo y los pantalones cortos ceñidos de ciclista. Era una mujer ancha de hombros, ancha de caderas y ancha de cintura, con piernas musculosas y caminar sólido. Me saludó y me trató con cierta indiferencia, como si no estuviera en su casa. Se quitó las zapatillas de deporte, se cambió de ropa y nos sentamos dentro de la casa, sobre una estera, en el suelo. Con mucha dificultad logramos articular una conversación; su castellano era muy pobre. “¿Quieres tomar ayahuasca?”, me preguntó. “Pues no lo sé, es posible. ¿Tú has tomado alguna vez?”. “Sí, dos veces”. “¿Y qué tal?”. “Muy bonito”. Abría mucho los ojos al hablar, tanto que en su mirar predominaba

el blanco, lo que le confería un aspecto un tanto raro. “¿Qué viste?”. “La selva, muy bonita, muchos colores. Tú también toma. Es bueno”, siempre en el mismo tono de feliz de la vida, como si nada, o todo, fuera importante. “Franky está en Pucallpa, viene para la cena, entonces ya hablas con él de la ayahuasca y el dinero”, respondió cuando le pregunté por lo que me iba a costar quedarme con ellos. “Ahora, voy a hacer comida”, y se metió en la cocina.

Un llanto interrumpió mis pensamientos que, ya más calmados, fluían bajo el palio de aquella atmósfera de armonía. Lady, una de las primitas, lloraba desconsoladamente porque el flamante cochecito eléctrico de Minor, el hermano más pequeño, se había quedado enredado en su abundante cabellera, que había sido utilizada sin mucho éxito como pista de pruebas. A la Norma no parecía preocuparle el griterío y yo sentí la llamada de la responsabilidad; me acerqué hasta el banco del jardín en el que cinco o seis niños se inclinaban sobre la víctima entre sonoras risas. Me senté a su lado y desempeñé el papel del adulto tranquilizador; le acaricié la cara y le pedí que no se preocupase. Un mechón se había liado en una de las ruedas. Pedí un destornillador; cuando me lo trajeron y lo empuñé para desmontar la carcasa, Lady estalló de nuevo en lágrimas; al hacerlo abría la boca y dejaba ver su pequeña dentadura, incipiente y torcida, y la triste oscuridad de su garganta. “¡Buaahh!”, los minutos pasaban y era yo el que empezaba a ponerme nervioso, porque el adulto tranquilizador no pasaba de chapucero manitas de caca. “¡¡Buuuaaahh!!”, lloraba ella, y a su alrededor los niños se

miraban unos a otros divertidos, haciendo bromas en shi-pibo, para mayor consternación de la impaciente. Después de media hora infructuosa les recomendé que la llevaran a su casa para que la madre le cortara el mechón. Entonces la Norma me llamó para cenar. De ese momento es el primer recuerdo que atesoro de Betsy, la hija mayor del chamán. Betsy se desenvolvía con el estoicismo de su madre, aunque parecía mucho más sensible a lo que la rodeaba: sus movimientos eran suaves, como las formas redondas de su cuerpo; miraba a los ojos, pero no incomodaba; trabajaba mucho en la casa, cuidando de los más pequeños. Fue ella la que con unas tijeras puso fin a los sollozos de Lady, sin gravedad ni sutilezas. La pequeña india salió corriendo con una sonrisa en los labios; se la había cambiado a Minor, que berreaba porque su flamante cochecito, el que yo había desmontado para nada, ya no funcionaba.

Sobre la mesa, mi anfitriona había dispuesto, con mucha pulcritud, tres platos de comida. Uno rebosaba con arroz blanco, cocido hasta el punto perfecto; otro estaba cubierto por largas lonchas de plátano maduro frito; en el tercero, sorpresa, sobre un fondo de hojas de plátano, esperaban a ser comidos media docena de pececillos como los que le había ayudado a pescar a Sam por la mañana. Los colores de los alimentos y su presentación, el bodegón que componían los platos sobre la mesa, y el guiño bondadoso de la cocinera, me recordaron que no estaba cenando en un restaurante. La Norma, como una abuela, se preocupaba por que la abundante comida incitara tanto al olfato y al gusto como a la vista; no me había

servido la comida como a un cliente, tampoco como a un invitado. El pescado tenía un fortísimo sabor a agua de cocha y me costó terminar el plato. “Cocinas muy bien, Norma”, aprecié sinceramente. “Sí, gracias”. La tarde declinaba y yo me sentía afortunado sentado a la mesa de madera, comiendo magia rodeado de animales, en el jardín tranquilo bañado por los últimos rojos.

Con la noche llegó Franky, el chamán. Recuerdo nítidamente el momento porque causó un gran revuelo entre sus hijos, que salieron a recibirle haciendo piruetas a su alrededor y gritando con felicidad: “¡Papá, papá! ¡Ha llegado papá!”. Yo también le había esperado impaciente durante toda la tarde, intentando imaginar su rostro, su cuerpo y su carácter, con poco éxito, por cierto. Me cautivó la vigorosa energía que desprendía. Advertido de mi visita, cruzó la cancela y se dirigió hacia mí; yo le aguardaba de pie en el centro del jardín, en la oscuridad de la noche mitigada por las bombillas del interior de la casa. No era muy alto, pero su cuerpo, ancho y musculoso, se desenvolvía con elasticidad y presteza; se acercó a mí directamente, sin rodeos, sin titubeos, sin precipitación. “Hola, amigo, ¿cómo estás?”, y fue casi vano contestarle “Bien, gracias”, porque él se lanzó a un emocionado discurso de bienvenida. “Bienvenido a mi casa. Ésta es tu casa, amigo. ¿Eres amigo de Ramón? ¿Cómo está Ramón?”. “Bueno, en realidad sólo le conozco a través del teléfono, pero me recomendó que viniera aquí, y aquí estoy”. Creo que su euforia le impedía prestar atención a mis palabras. “¿Has venido a probar ayahuasca?”. Perma-

neíamos de pie, el uno frente al otro, a muy poca distancia, yo un poco intimidado. “Pues la verdad es que no lo sé”. Él lo entendió como una afirmación, y lo cierto es que yo ya sabía que iba a tomar. “Esta noche no podrá ser, pero mañana sí”. Hablaba castellano con fluidez. “Soy periodista. Estoy haciendo un reportaje sobre el Ucayali y quería ver cómo se vive en una comunidad indígena”. “¿Eres periodista? Pues yo te voy a ayudar y a explicar para que tu hagas un buen reportaje sobre los shipibos y la ayahuasca”. No abandonaba su entusiasmo por mi llegada y a mí me agradaba su cordialidad, pero algo me chocó en su aplomo, en su declaración de nuestra amistad, en su hospitalidad incondicional; por un instante su actitud me pareció calculada.

De ese primer Franky sólo me disgustaron sus ojos, pequeños y algo escondidos. Por lo demás, me pareció un hombre atractivo, de facciones viriles y armoniosas, enmarcadas por un bonito pelo corto, peinado con la raya al lado. Con el paso de los días comprobé que era inteligente y gozaba de un revelador sentido místico de la existencia. Durante la semana que pasé en su casa compartió su vida conmigo, se esforzó por hacerme entender la cultura de la selva y su filosofía vital; me entregó sus ilusiones, su desesperación, su familia, su comida, su cama, el amor de sus hijos, los secretos de la ayahuasca, la amargura del incomprendido, los pasos del camino, las palabras de amistad. A cambio me pidió dinero y yo a veces sentía que estaba pagando por hacer el amor, que me entregaba su alma como una prostituta entrega su sexo, fingidamente. “¿Cuánto tiempo te vas a quedar con

nosotros?”. “Pues no lo sé, ya veremos. Depende de lo que me cueste quedarme con vosotros”. El puto dinero. “Bueno, tú por eso no te preocupes”.

* * * * *

Franky, la Norma y yo estábamos sentados en el jardín. No había luz eléctrica salvo dos bombillas en el interior de la casa, que alimentaba un pequeño panel solar. Darwin me había traído una camiseta con la que sacudía mis piernas y mis hombros desnudos para evitar la picadura de los mosquitos. La conversación seguía el ritmo marcado por el sonido amortiguado y monótono del golpeo, que parecía haber adquirido una fuerza propia, independiente de mi brazo. No me cansaba, y hubiera continuado así toda la noche, como en trance. Franky me hablaba de su mundo y su mujer murmuraba quedamente en shipibo al son de su marido, quizás corroborando sus palabras, apuntalando su discurso. La energía del chamán invitaba a la confianza y a la placidez. La compañía de ambos era agradable, sosegada, como la luz de luna, que fluía blandamente por la oscuridad lechosa. No veía sus caras porque estaban de espaldas a los rayos de luz. “Yo soy profesor de niños en Saposoa, una comunidad pequeñita que hay subiendo el Ucayali. Allí no es como aquí, es un sitio sin carretera, sólo se puede llegar en lancha. Muy pequeño, muy pobre. Podrías venir conmigo a verlo, es la selva de verdad”. El vaivén repetitivo de la tela. Sus palabras. Los murmullos ininteligibles de Norma. “No sé si tendré tiempo”. La frase acentuada por el movimiento.

“Es muy pobre pero allí se mantienen las costumbres indias más que aquí. Como eres periodista, te podría preparar un recibimiento tradicional, con los niños vestidos con nuestros trajes típicos y las danzas tradicionales, para que vieras de los shipibos”. Sus dos voces fundiéndose con la oscuridad. El picor placentero en mis tobillos atacados. “Me encantaría”. Otra sacudida. El dinero. “Allí son muy pobres, más que aquí, los niños no tienen cuadernos ni medicinas. Yo cuando puedo les llevo a mis niños cuadernos y les digo: Aquí tienen, y ellos se ponen muy contentos. Los indios somos muy pobres”. En mi cara, el aire fresco desplazado por la tela. La suavidad del algodón en la piel. Su sinceridad. “Óscar, ha sido tan bueno que has venido. A veces cuando peor lo estás pasando Dios te ayuda. Yo venía de Pucallpa preocupado porque necesito el dinero pero no lo tengo y entonces Dios te ha enviado para que me ayudes, amigo”. La oscilación de la camiseta: hombro izquierdo, pierna derecha, hombro derecho. Los susurros de la Norma en shipibo. La calma de la noche. “Me gustaría mucho ayudarte”. El compás de la selva en la conversación. Grillos cantando. Extraños pájaros. “Estoy preparando un centro ceremonial para que vengan los turistas a conocer la ayahuasca. Mañana iremos a verlo por la mañana y luego iremos a Yarina a ver como juega Norma el partido de fútbol”. La risa de Norma y por fin su voz en castellano, audible. “Ganar el partido”.

Cuando entramos en casa para dormir el espacio había cambiado sustancialmente. Cuatro mosquiteros rectangulares pendían de las paredes, creando espacios de

intimidad insospechados. Sólo la cama grande del fondo, la que yo iba a ocupar, permanecía descubierta. En uno de los colchones del suelo, a través de los pequeños agujeros de la tela blanca, se adivinaban las figuras de Osvaldo y Darwin, inclinadas sobre el tablero de ajedrez. Estaban entusiasmados con el juego, a veces reñían amistosamente porque uno creía haber descubierto al otro infringiendo una norma, a veces me miraban y reían, con timidez. En la habitación también estaban el primo de Franky y su mujer que esa noche y sólo esa noche, nunca supe por qué aunque quizás no hubiera razón, durmieron con nosotros. Nos sentamos en el suelo, con la espalda apoyada en la cama; la luz era fría y cenital; la habitación había sido tomada por los mosquitos; los niños se revolvían inquietos a nuestro alrededor. “Mañana, cuando tomemos ayahuasca, hay que comprar baygón para que no nos molesten. La primera vez que tomó Ramón no compramos y nos picaron. Cuando estás en ayahuasca no te duele pero es mejor si no están”. Yo me levanté y extraje de mi bolsa de aseo un repelente. Se lo mostré. “Sí, es bueno, dame un poco. Gracias Ramón”. “No, Óscar”. “¡Ah, sí! Perdona. Óscar”. Sonrió un poco avergonzado, tomó el repelente, y se roció abundantemente por la piel expuesta de su cuerpo con la misma expresión de satisfacción de quien, tras la ducha, se empapa con agua de colonia. Los niños miraban anhelantes hasta que el padre les pasó el recipiente.

El chamán se incorporó y se dirigió a un pequeño armario de madera, de donde sacó una carpeta que contenía dibujos y recortes de revistas. Primero me enseñó

unas ilustraciones que trataban de reflejar un viaje por el universo de ayahuasca: estaban dibujadas con un estilo inspirado en la psicodelia sesentera, con colores chillones y formas sencillas, a base de manchas. “Este que ves aquí sentado es el chamán y estos otros son las personas que están tomando ayahuasca”. El dibujo tenía dos partes definidas: un espacio central en el que los personajes descansaban sobre un fondo ordenado y, alrededor, una masa caótica de figuras y color. “Lo de fuera son los malos espíritus que quieren hacer daño a los que toman ayahuasca, pero aquí está el chamán que canta y con su canto pone estas barreras que ves, que son la protección que hace que la mareación sea buena y los malos espíritus se mantengan lejos. Para eso estoy yo, para asegurarme de que tu mareación sea buena. Para que puedas disfrutar sin preocuparte”. Luego sacó de la carpeta un boceto a lápiz realizado por él con trazos casi infantiles. Representaba dos anacondas de colores vivos enroscándose en una planta de ayahuasca, en cuyas ramas reposaba un ave fantástica. “Cuando yo estoy en ayahuasca veo cosas parecidas a ésta. Mañana tú las verás también”. Alrededor de nuestra conversación los críos se preparaban para acostarse.

El chamán buscó en el armario una botella de colonia y tabaco. “Todas las noches hago una sopladita con Agua de Florida y mi pipa para que los espíritus malos de mis enemigos no me puedan atacar ni a mí ni a mi familia mientras duermo. Tengo muchos enemigos”. Se volvió a sentar y comenzó a rezar en shipibo. Destacando sobre

la encantadora monotonía de su rezo, el chamán introducía vocablos en castellano (repetía mucho Jesucristo y medicina), que resultaban groseros en el contexto. Primero tomó la botellita de Agua de Florida, la consagró, sorbió un trago y la pulverizó con su boca en distintas partes de mi cuerpo; la fragancia era penetrante, como la de esas lociones de afeitar en desuso de las barberías antiguas. Luego encendió una pipa que había rellenado con la picadura de un rollo ancho y compacto de hojas de tabaco. Fumaba con delectación, inspirando el humo rápida y entrecortadamente, como un corredor respira tras una prueba de fondo. Se colocó a mi lado, sostuvo mi cabeza con delicadeza pero firmemente y sopló el humo de una bocanada larga y profunda. Sentí la frescura del aire exhalado en mi coronilla y el pudor por mi calvicie incipiente y expuesta. Me gustó el aroma, no muy intenso, y sentí, o quise sentir, tranquilidad de espíritu. También sopló a su familia y a sí mismo. Luego salió fuera y sopló a la casa. “Tengo enemigos muy poderosos pero así no me van a poder atacar. Así me protejo de sus malos espíritus mientras duermo”.

Llegó la hora de dormir pero antes debía colocar mi mosquitero sobre la cama que me habían asignado, la única de la casa. Pusieron cara rara cuando vieron el paquetito en el que venía envuelto. “Lo he traído de España”, expliqué confiado en la utilidad del objeto, comprado en una tienda especializada. Intenté desplegarlo sobre la cama, pero era ridículamente pequeño. Los niños contemplaban atónitos mi equipo de explorador y Franky sonreía burlón; le dijo algo a Betsy, que salió, y a los cinco

minutos regresó con un mosquitero de verdad. “Mañana compraremos uno en Pucallpa”, me dijo. “Ahora descansa porque tienes que estar fuerte para la ceremonia”. Apagaron las luces. Escuché un par de pedos y un eructo. Pensaba en la suerte que tenía de ser testigo de la vida de estas personas, tan distinta a la mía. Sin proponérmelo, me inquietó el pensamiento de que su simpatía fuera interesada; lo deseché y pensé en Ramón, que me había recomendado la experiencia por alguna razón. También pensé en Blue y en las palabras que una noche había pronunciado frente al fuego en una playa muy lejana: “La ayahuasca cambió mi vida”. Me sumergí en un sueño profundo.

* * * * *

Los ojos de Blue eran azules y tenían el mirar tranquilo y sabio de las vacas; cuando le conocí mejor, supe que era tranquilo y sabio. Blue andaba por Máncora, un pequeño pueblo de pescadores del norte de Perú, con la mano metida en una pequeña bolsa de plástico llena de hojas de coca, que mascaba a todas horas: “Es la energía de los incas, muy bueno, pienso mejor”, chapurreaba en su castellano nasal y parsimonioso. Por la tarde, cuando el sol caía, se plantaba delante del mar y obsequiaba a artesanos y turistas con sesiones de tai-chi; sólo entonces se desprendía del gorro con el que tapaba una cabeza prematuramente calva, que le daba un aire de indefensión. Llevaba diez meses peregrinando por Sudamérica pero pronto tendría que regresar a Los Ángeles para trabajar hasta que

podiera permitirse viajar de nuevo. “Un año de esclavitud, un año de libertad”, solía sentenciar. Durante la semana de playa y marihuana que compartimos llegué a sentir gran simpatía por él. En Máncora, los días parecían detenidos por el peso abrasador del sol y las noches se difuminaban entre el humo de los *joints* y las hogueras. En una ocasión, frente al fuego, alguien preguntó a Blue por la ayahuasca. “Cambió mi vida”, dijo sin afectación. Él también había estado en Yarinacocha, con los shipibos. Antes de separarnos me regaló una hoja de coca plastificada que ahora cuelga de un cordón negro en el océano Pacífico de mi dormitorio, en Madrid.

* * * * *

¿Qué nos sucedería si olvidáramos el primer amor? ¿Si no recordáramos aquel momento tan especial de ese viaje iniciático, la conversación colosal que entre porros y cervezas mantuvimos con esa persona tan comprensiva, o el dolor que previno para siempre nuestro espíritu? Sucedería que nos convertiríamos en una versión reducida de nosotros mismos; una punta del iceberg. Hasta este día, cuatro meses después de mi estancia allí, había olvidado el despertar más dulce que recuerdo haber tenido (¿cuántos tan dulces habré perdido?). Ha sido la magia de la escritura de la memoria.

Quizás una mano sobre la mejilla o un ligero empujón en el colchón o una palabra, no estoy seguro, pero cuando abrí los ojos, la vi. Ana volvía a apretar su sonrisa tímida para no dejar que volara hasta mí. Pero volaba.

“Desayuno”, dijo casi temblando en voz baja y seria, y no sé si la acaricié, o si se fue corriendo antes de que yo pudiera reaccionar, o si se quedó conmigo incapaz de huir y me cogió la mano. Una luz irreal se colaba por las ventanas y mi corazón inerme se anegaba en la hermosura y la pureza de la energía de una niña de siete años.

Fue como uno de esos sábados de posibilidades e ilusión de la infancia. El cielo despejado, planes por realizar, la familia reunida, el desayuno en la mesa, el alboroto de los niños, la condescendencia de los mayores, el saludo cómplice al dormilón. Luego el regocijo de la comida, las gallinas en el jardín, las voces de los niños, “Óscar, Óscar”, la cortesía de Franky, “¿Has dormido bien?”, la Norma trabajando, los pies descalzos sobre la tierra refrescante, el barreño de agua y el jabón para terminar de volver al nuevo mundo.

También el dinero. “Ahora casa de mi hermana para que veas las artesanías que ella hace. Artesanía de los shipibos”, dijo la Norma cuando terminamos de desayunar. “Ramón se gastó mucho dinero en comprar nuestra artesanía para hacer regalos a sus amigos de España”, explicó Franky, camelándome, colocándome frente a un modelo. Cruzamos la cancela y a diez metros me esperaba toda la familia de Norma, sentada a la puerta, detrás de una mesa desplegada rebosante de collares, cerámicas y telas. Conocí a la hermana, “Mi hermana, la gorda”, y todos se reían de la gordura de la hermana. “Mi hermana gorda”, repetía la Norma en su castellano precario y se repetía el jolgorio mientras los niños se removían inquietos siempre sonriendo. También me presentó a la madre.

“Enferma, mi madre está enferma”, y lo parecía, tumbada en una hamaca sin energía para balancearse, apagada, con un ojo semicerrado por lo que parecía una conjuntivitis galopante. No me importó que me quisieran vender porque ya sabía que para ellos, yo era un comprador en potencia, casi antes que una persona. Escogí un pequeño cuenco para mi abuela, dos collares y algún otro objeto, sorprendiéndome de que todos costaran lo mismo, cuando parecía obvio que unos requerían mucho más trabajo que otros. Había tantos de ellos pendientes de que comprara, sin apremiarme, apoyándose entre sí, que pensé que no le estaba comprando a la hermana, sino a toda la familia, a todos los indios de San Francisco.

Tímida, entre todos ellos, me miraba otra de las personas que me acompañaron durante todos estos días: Mel, una niña a quien todos conocían por Gata, por sus ojos claros jaspeados, de un color indefinible, quizás miel, quizás gris, muy sensual, como su expresión de coquetería y recato. “Es porque su madre comía huevos de cocodrilo durante el embarazo”, dijo la Norma, y la Gata se retrajo aún más al saber que hablaban de ella.

Cuando terminamos, en procesión, fuimos a ver un sueño: el centro ceremonial de la ayahuasca de Franky. Había que andar durante unos minutos y dejar atrás las casas, cada vez más desperdigadas. A los pocos pasos Ana vino corriendo desde atrás, me tomó la mano y caminó junto a mí, Darwin me tomó la otra: un símbolo de mis apreciaciones y los suyos. Cuando el camino se estrechó y tuvimos que ir de uno en uno me coloqué detrás de Franky, de sus gemelos fibrosos y del machete que blandía con

pericia. Asumiendo mi profesión, yo le preguntaba por detalles de las plantaciones de yuca que atravesábamos o las flores que adornaban nuestro paseo; él respondía atentamente pero prefería hablar del centro: “Quiero construir un lugar donde puedan venir los extranjeros a conocer el mundo de la ayahuasca”. Mientras hablaba miraba hacia delante y cortaba las ramas que entorpecían el paso. A veces volvía la cabeza y dejaba ver unos rasgos transformados por la determinación de hacer real su ilusión: rasgos esculpidos en piedra, afilados. “Voy a hacer dos casas, una para que se queden a dormir y hacer las ceremonias y otra para nosotros. Y también va a haber niños que estarán vestidos con el traje tradicional shipibo, y bailes shipibos y artesanía shipiba, para que nuestra cultura no se pierda y para que pueda dar trabajo a los míos. Todo va a ser purito shipibo”, y al decirlo le brillaban los ojos. Llegamos al terreno que la comunidad le había cedido. Era una parcela convexa, grande como un campo de fútbol, rodeada por un arroyuelo de agua quieta y marrón, en la que sólo crecían árboles y malas hierbas. El chamán me explicó su proyecto detalladamente; era muy ambicioso y consideré que poco realista, propio de un visionario.

Además de visionario, y quizás por ello, Franky tenía madera de empresario, y como buen empresario, tenía clara su estrategia. Pretendía establecer en su centro un tipismo chabacano, como el que atrajo a tantos turistas a España durante los sesenta. A las orillas de una laguna, internados en la selva, el sombrero cordobés tendría forma de corona de plumas y el vestido de volantes una

composición de blusa y falda de colores chillones. El conjunto era, en mi opinión, poco apropiado para quien viniera buscando respuestas espirituales (aunque habría que estudiar cuántos turistas buscan en sus viajes respuestas espirituales).

El chamán había hecho que esa mañana la Norma y Betsy se vistieran con el atuendo “típico” para que les tomara una fotografía, y no quise decepcionarles: las retraté bucólicamente al pie de un árbol. Yo seguía a Franky y a nuestro alrededor revoloteaban amables los hijos, los sobrinos, los hermanos, los cuñados; todos participaban de la curiosidad hacia mí, cada uno con su propio sentido de la relación. Antes de regresar, paramos unos minutos para bañarnos en el arroyo. “Este agua es buena, mejor que la de la laguna, porque aquí corre”, explicó Franky, pero a mí me parecía estancada y no me apetecía probarla. Nos sentamos al borde de un tramo donde el cauce no tenía más de un metro de anchura y treinta centímetros de profundidad. El agua turbia despertaba mi recelo. Ellos tomaron unos cubos y palanganas que habían traído y los llenaron de agua para luego echárselos por encima repetidas veces; parecían disfrutar mucho. Yo les imité por cortesía y me sorprendió la frescura del agua y la energía reconstituyente que despertaba en mi cuerpo. “¡Está genial!”, dije sorprendido. “Mañana, después de haber tomado ayahuasca, vendremos aquí a descansar. Este agua es buena”, repitió. Cedí mi palangana y mi privilegiado sitio en un puentecito de troncos a Darwin, al que también veía disfrutar con su imborrable sonrisa de tranquilidad. “¿Te gusta?”, le pregunté. “Psí”, siempre afirmaba

con ese sí tan particular, mostrando su boca mientras vibraba con lentas carcajadas. Unos minutos después se me escapó una mirada fugaz hacia el lugar que ocupaba Darwin, hacia el agua que caía, y todos entendieron que quería volver a bañarme; me cedieron el cubo grande y el lugar, tan atentos, tan perceptivos. Mientras lo hacía noté cómo el chamán miraba mi cuerpo, analíticamente. El agua turbia del arroyo estancado era deliciosa porque tenía la opacidad de la tierra y, por supuesto, corría.

* * * * *

Todavía no eran las doce del mediodía cuando esperábamos sentados la llegada de uno de los taxis que nos habría de llevar hasta Yarina, para asistir a la semifinal del mundialito shipibo-conibo en el que participaba la Norma. Ella y los críos se habían adelantado para no llegar tarde; nosotros, en la espera, buscábamos la sombra, al igual que un hombre blanco de unos treinta y cinco años que descansaba, aparentemente exhausto, a unos metros. Su energía desentonaba con el lugar. Parecía ido y tuve la sensación de que su mera presencia violentaba al chamán. Me equivoqué. Subimos los tres al coche y entablamos conversación. “¿Qué hace usted por aquí?”, preguntó Franky cortésmente, y pienso que conocía la respuesta, que había entendido la introversión de nuestro compañero. “He estado tomando ayahuasca con Mateo”, respondió aturdido. “Aquí mi amigo Óscar va a tomar también esta noche”, Franky siempre me incluía. El hombre,

de pelo corto y bigote, cabeceó con movimientos ondulantes, casi apesadumbrado. “¿Era la primera vez que tomabas?”, inquirió Franky. “Sí, sí, la primera. Vine con dos amigas. Hemos estado aquí tres noches, las tres hemos tomado”, dijo pausadamente, como si hablar le exigiera un esfuerzo extraordinario. “¿Y qué tal?”, le pregunté. Me miró, volvió a cabecear y habló: “Increíble. Una experiencia maravillosa. Todo lo colocas en su sitio, la familia el trabajo, las personas que quieres”, y volvió a cabecear mirando dentro. Me gustó él y me emocionó lo que dijo. Continuó: “Lo que sucede es que aunque te lo explique no lo podrás entender hasta que lo tomes, porque es tan...”. Franky nos miró alternativamente, complacido por esta afirmación. “Mi amigo Óscar es periodista y está haciendo un reportaje sobre los shipibos”. “Yo también soy periodista. Tengo un programa en la televisión de Pucallpa acerca de turismo y cultura. Ahora estamos intentado promocionar la cultura shipiba entre los pucallpinos, porque no es lógico que los tesoros que tenemos aquí la gente no los conozca”. A Franky se le encendió una luz. “Yo estoy preparando un centro ceremonial de la ayahuasca. Allí va a haber bailes tradicionales, artesanía y también se harán ceremonias. Yo creo que estaría muy bien para tu programa”. “Sí, claro”, condescendió el otro, e inició una larga perorata acerca de la forma en que los shipibos debían atraer turistas extranjeros. También le gustaban los niños disfrazados, el heladito refrescante, las artesanías llamativas y otras ideas del agrado de Franky que, viendo como el otro se iba por las ramas, intentó captar su atención nuevamente: “Pues lo que yo

quiero...”, pero el hombre no parecía muy interesado, le interrumpió y se dirigió a mí. “¿De dónde eres?”. “De España. Allí también hago televisión. Tenía un programa de arte pero me cansé y me he venido unos meses por Perú y Ecuador para hacer unos reportajes”. “Nosotros tenemos el estudio en el centro de Pucallpa, si quieres te podrías pasar...”. Franky aprovechó el resquicio, incansable y determinado: “Óscar, si tú quieres podemos acercarnos esta semana y hacerle una visita para que tú veas”. Yo asentí utilizado y él apuntó la dirección y el teléfono.

* * * * *

Las patadas que se largaban las shipibas me dolían a mí; también que jugaran descalzas sobre el campo de tierra dura y hierba escasa. Su expresión era hosca y sus gritos agudos y amenazadores. Eran mujeres indias en pie de guerra y no evocaban a Pocahontas, porque sus cuerpos no habían sido torturados para mantenerse en cincuenta kilos, los habían entregado (las jóvenes lo entregarían algún día) para dar a luz y amamantar a una prole numerosa, y curtido para trabajar en el campo o en la casa.

Fuera de la cancha también se jugaba al fútbol. Los espectadores daban consejos a las jugadoras, gritaban al árbitro cuando cometía un error y cuando no, comían helados, bebían refrescos, comentaban las jugadas, meaban contra la valla, se alegraban, se decepcionaban y celebraban con gritos. Los niños eran los únicos que preferían dedicarse a sus propias fantasías, entregados a mun-

dos en los que eran ellos los que ponían las normas, correteando infatigables.

Nosotros permanecíamos sentados en uno de los fondos, bajo el sol, que aquel día era especialmente inclemente. Nos refrescábamos con una botella de gaseosa helada, que combatía el efecto narcotizante del calor. Yo buscaba el momento para preguntarle lo que me iba a costar mi estancia en San Francisco; me inquietaba que por dos veces hubieran evitado la cuestión y temía que fijara un precio exorbitante. “Entonces, Franky, ¿cuánto me vas a cobrar?”, pregunté con timidez y la sensación de que le estaba ofendiendo. Una nube de tensión o nerviosismo nos separaba. Esquivó mi mirada y me dijo que primero tenía que hablar con la Norma, que aguardaba en la banda a que comenzara su partido. Se fue hacia ella y tras hablar un par de minutos regresó: “Bien, por mis servicios como guía no te voy a cobrar nada, lo que tú me quieras dar”. Era un precio capcioso. “La Norma me ha dicho que por la comida te va a cobrar veinte soles al día. Por la cama serán otros diez soles al día y por cada toma diez dólares, es decir, treinta y cuatro soles”. Era caro en comparación con lo que había pagado en los restaurantes y hoteles de Perú y Ecuador hasta el momento, pero convine. “Ah, muy bien”. “¿Qué te parece?”. “Un poco caro, pero está bien”. A Franky le turbó mi respuesta o quizás era yo el que lo veía todo turbio. Me explicó que Mateo, el chamán con el que nuestro compañero de viaje había tomado, cobraba mucho más. Luego se retiró y yo me quedé sentado al borde del rectángulo de juego, invadido por la sensación de que mi actitud había sido cicatera.

Temí haberle ofendido, pero fui sincero, y sentía la necesidad de interponer algún obstáculo entre sus esperanzas desahoradas y mis posibilidades limitadas. Hacerlo no fue fácil y allí, bajo el sol, dentro de mi cabeza sudorosa comenzaba a germinar un absurdo conflicto que se revelaría muy pernicioso para nuestra relación.

El equipo femenino de San Francisco derrotó a su rival y se clasificó para jugar la final, dos días después. Supongo que la Norma estaba contenta, pero era muy difícil saberlo porque su eterna media sonrisa quedaba matizada en todo momento por un rictus de ausencia, como si la realidad no fuera con ella.

Franky y yo dejamos a la familia y fuimos a la cercana ciudad de Pucallpa. Teníamos que comprar varias cosas para la ceremonia: tabaco, baygón, un mosquitero, Agua de Florida y, sobre todo, la ayahuasca, que no iba a poder preparar el propio chamán como solía porque le faltaba la planta. Al entrar en la ciudad observé una metamorfosis en el carácter de Franky. El cariñoso con los hijos, bromista con los amigos, solícito con la esposa, atento con el invitado y firme con la vida, dejó su lugar a un hombre inseguro, grosero, brusco y cabizbajo. En las conversaciones que entablaba con los comerciantes su entonación era cortante, muy diferente de la tranquilidad con la que yo estaba acostumbrado a oírle hablar. Creo que se sentía amenazado por la ciudad y lo que representaba: los colonos avasalladores, las reminiscencias de la opresión, la destrucción de la selva. Incluso a mí me abrumaba la brutal diferencia entre los estilos de vida.

Como todas las tardes, las calles céntricas de Pucallpa parecían atacadas por un frenesí patológico. En las venas de asfalto, los motocarros expelían su ruido venenoso. Entorno al mercado central, el auténtico corazón de la ciudad, se desplegaban decenas de tiendas, en cuyas puertas vendedores vociferantes nos invitaban con desparpajo, simpatía o violencia a que compráramos sus cosas. Los tirantes de las camisetas de las mujeres (morenas, achinadas, voluptuosas) resbalaban por los brazos, reclamando, prometiendo senos firmes que se adivinaban bajo la delgada tela mientras el calor dictaba consejos de desnudez e intimidad a la sombra. Nos alejábamos caminando hacia calles menos céntricas, Franky alerta, yo atontado y vacilante. En las aceras se sucedían puestos de comida, de sandalias hechas con cubiertas de neumáticos, de animales exóticos que podías comer o encerrar en una jaula.

Nos detuvimos en la ventana de una casa baja que hacía esquina. El interior estaba oscuro y desordenado. Franky introdujo su cabeza dentro de la casa y gritó: “¡Hola!”. Tuvo que repetirlo un par de veces hasta que de una puerta al fondo salió un mestizo tan desaliñado como la casa, sin camiseta, con barriga, de unos cincuenta años y pelo blanco. Apenas hizo un gesto al ver a Franky pero era evidente que se conocían. “Dame quince soles”, pidió el chamán, y le entregó una botella vacía de plástico de medio litro. El hombre se la devolvió unos minutos más tarde llena de un líquido de color tierra: era ayahuasca. “¿Me puedes apoyar en esto?”, me preguntó Franky. Yo asentí y pagué.